

TRES MIRADAS SOBRE LANZAROTE: JOSÉ SARAMAGO,
CARLOS FUENTES Y MICHEL HOUELLEBECQ

OSVALDO RODRÍGUEZ PÉREZ

1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Si hemos de hablar de la “invención” de Canarias a partir del imaginario que han ido construyendo sobre ellas autores ajenos al ámbito insular, sin duda Lanzarote ocupa un lugar privilegiado en relación con el archipiélago. Quizás influya en ello la especial configuración volcánica de esta isla que aún conserva los vestigios de los grandes cataclismos de fuego que la azotaron en el pasado¹. Lo cierto es que este lugar con nombre mítico, ha atraído desde siempre la mirada de muchos autores foráneos que la han recreado en sus escritos desde las más diversas perspectivas, contribuyendo así a la construcción de ese particular imaginario isleño en el que se funden o confunden la historia y el mito, la realidad y la fantasía con la ensoñación creadora.

Desde que Canarias dejó de pertenecer a la esfera de lo desconocido, incorporada en el siglo xv a la corona de Castilla, Lanzarote como las otras islas del archipiélago, se convierte en punto clave de navegación hacia el Poniente, formando parte de esa ruta de misterio poblada de islas fantásticas que conduce a Catay y Cipango. Así, la mirada de los cronistas de Indias de los siglos xvi y xvii se vuelca sobre la realidad insular con un fuerte contenido mitificador, tendencia que persiste hasta nuestros días, pasando por los testimonios más objetivos de los expedicionarios del siglo xviii y las recreaciones literarias que, bajo la forma de memorias, libros o diarios de viaje, dejaron los escritores del siglo xix. Igual interés se manifiesta en la literatura contemporánea, a través de autores que hacen de esta isla el punto de convergencia de un imaginario proveniente de los más diversos ámbitos culturales.

En nuestro caso, nos centraremos en las recreaciones literarias de tres autores en particular, que proceden de diferentes lugares. En primer lugar, José Saramago, el autor portugués afincado en la isla desde 1993 que con su escritura ha

1. Desde mediados de 1730 hasta fines de 1731 en Lanzarote se produjeron continuas y violentas erupciones volcánicas que le dieron a la isla su especial configuración geológica actual.

contribuido, como el que más, a la universalización de este territorio insular, especialmente a través de sus *Cuadernos de Lanzarote*². Luego abordaremos a otro escritor universal, el mexicano Carlos Fuentes, que le dedica un capítulo entero a Lanzarote en el contexto argumental de su novela *Los años con Laura Díaz*³. Terminamos con algunas referencias sobre el relato titulado *Lanzarote. En el centro del mundo*⁴, del polémico autor francés Michel Houellebecq. Son tres miradas diferentes pero complementarias en este tejido de sueños y realidad que han venido construyendo los autores foráneos a la largo de la historia de Lanzarote.

2. LANZAROTE, EL REFUGIO INSULAR DE JOSÉ SARAMAGO

Pese a que José Saramago anuncia en varias ocasiones la escritura de un libro sobre Lanzarote, aún no tenemos noticias de que dicho propósito explícito se haya cumplido o esté en fase de realización. Según lo expresa el mismo autor, tal proyecto es concebido a raíz de una visita que su amigo Anno Hammacher le hiciera a Lanzarote en enero de 1994: “Tenemos una idea para un libro sobre la isla —dice Saramago— él con las fotografías, y yo con el texto”⁵. A fines de ese mismo año, con cierta mala conciencia por no haber iniciado el trabajo, el autor de los *Cuadernos de Lanzarote* confiesa: “Escribir el libro sobre Lanzarote (ese que llevará las fotografías de Anno Hammacher) sólo depende de mí... No me queda otra salida que ponerme manos a la obra. Uno de estos días”⁶. Casi un año más tarde, en septiembre de 1995, vuelve sobre el proyectado libro que ya tiene título: “(...) se llamará *Titerroigatra*, que era el nombre que le dan a su isla

2. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*. Madrid, editorial Santillana, S.A., 1997 (Trad. de Eduardo Naval del original *Cadernos de Lanzarote. Diario I; Diario II; Diario III*. Lisboa, edic. de José Saramago y Editorial Caminho, S.A., 1994, 1995, 1996). José Saramago: *Cuadernos de Lanzarote II (1996-1997)*. Madrid, edit. Santillana, S.A., 2001 (Trad. de Pilar del Río del original *Cadernos de Lanzarote. Diario IV; Diario V*. Lisboa, edic. de José Saramago y Editorial Caminho, S.A., 1997, 1998. Para este trabajo también se ha utilizado el relato de José Saramago, *El cuento de la isla desconocida* (trad. de Pilar del Río). Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, S.A., 1998.

3. CARLOS FUENTES: *Los años con Laura Díaz*. Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, S.A., 1999 (Se cita por la edición de Madrid, edit. Suma de Letras, S.L., 2001).

4. MICHEL HOUELLEBECQ: *Lanzarote. En el centro del mundo*. Barcelona, edit. Anagrama, S.A., 2000 (Trad. de Javier Calzada, del original *Lanzarote. Au Milieu du Monde*. Paris, Flammarion, 2000). Narración, complementada con otro libro de fotografías sobre la isla: *Lanzarote*. Barcelona, Anagrama, S.A., 2000.

5. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, pág. 216.

6. *Ibid.*: pág. 402.

los naturales habitantes, antes de haber aparecido por aquí Lancelotto Malocello y sus genoveses, a principios del siglo XIV”⁷. Saramago piensa en este título y no en el nombre actual de la isla para que de ninguna manera se confunda con las guías turísticas al uso y, sobre todo, porque como él dice: “(...) también estaba influyendo fuertemente en mi rechazo el hecho patente de que son ya de Lanzarote estos *Cuadernos...*”⁸.

Quizás sean estos dos motivos y, en particular, este último el que ha condicionado la no aparición del proyectado libro de Saramago sobre Lanzarote o “Titerroigatra”, porque es en esta serie de *Diarios* donde con más propiedad podemos seguir el rastro de la recreación de la isla en su escritura. A este propósito, aun cuando en el prólogo César Antonio Molina se refiere a estos *Cuadernos...* como un “excepcional mosaico de género”⁹, en el que se dan cita la autobiografía, la confesión, la epístola, las memorias, el ensayo, libros de viaje, reflexiones, diálogo, es significativo que el mismo Saramago califique esta obra como “diario”, asimilado a la novela: “Nadie escribe un diario para decir quién es” — aclara el autor —. Con otras palabras, un “diario es una novela con un solo personaje”¹⁰. Desde tal perspectiva se pone de relieve el fondo autobiográfico de esta escritura de lo cotidiano, estrechamente ligada al ejercicio novelístico que permite incorporar los sueños y la ficción en el relato del diario vivir.

Para el efecto, hemos de tener en cuenta al menos dos componentes íntimamente relacionados en sus *Cuadernos de Lanzarote*. Por un lado, la realidad de su vida cotidiana y, por otro, el vuelo de la imaginación que se proyecta sobre el ámbito insular, metafóricamente concebido como el espejo que refracta su propio existir. Así, isla y escritura se confunden en un mismo espacio especular de reencuentro consigo mismo. Imperativo, este último, que el mismo autor explica con las siguientes palabras en el prólogo a los *Cuadernos*: “(...) conducido por las circunstancias a vivir lejos, invisible de alguna manera ante los ojos de aquellos que se habituaron a verme y a encontrarme donde me veían, sentí (...) la necesidad de juntar a las señas que me identifican una cierta mirada sobre mí mismo. La mirada del espejo”¹¹. Visión ésta en modo alguno fija, unívoca, sino variable, subjetiva y transitoria, destinada a ser borrada — como dice el autor — por el mismo Narciso que la contempla.

Tal mirada es la que también se proyecta sobre el espacio insular recreado en la escritura de Saramago. A este propósito, comentando un artículo periodístico sobre el “sentido de lugar” en sus *Cuadernos...*, el autor aclara lo siguiente: “(...)

7. *Ibíd.*: pág. 581.

8. *Ibíd.*

9. JOSÉ SARAMAGO: *op. cit.*, pág. 21.

10. *Ibíd.*: pág. 25.

11. *Ibíd.*

pienso en Lanzarote, como cualquier otro sitio del mundo, no tiene un sentido solo, sino una pluralidad de ellos, tantos, por decirlo así —agrega—, cuanto las miradas, las contemplaciones, las observaciones, los análisis que sobre la isla incidieron, y siendo cierto —agrega— que de esa diversidad de complementarios y contrarios ha de resultar una cierta expresión convergente, ella —concluye— es en sí misma indefinible porque nunca podrá ser tomada como algo fijo o simplemente estable”¹². Dicha reflexión sobre el “sentido de lugar” en general y de Lanzarote, en particular, converge sobre la propia existencia del escritor identificando hombre e isla, sometidos ambos al paso del tiempo y a las múltiples miradas que definen la pluralidad de sentidos que lo conforma.

Quizás mucho antes de venir a vivir a una de estas “balsas de piedra engendradas por el fuego y ahora ancladas en el mar”, como las define el autor, la idea de emigrar a esta isla del sur ya rondaba en su cabeza: “Aunque no crea en el destino —dice a este propósito— me pregunto si al escribir mi *Balsa de piedra*, la otra, no estaría ya buscando, sin saberlo, la ruta que siete años después me había de llevar a Lanzarote”¹³. En todo caso, lo cierto es que este portugués que se atrevió a romper las amarras que lo ataban al muelle europeo para radicarse en Lanzarote, lo hace convencido de que con ello clausura una etapa de su vida para recomenzar otra en la intimidad de su refugio isleño: “Una vida entera para llegar aquí”¹⁴, dice a este propósito al llegar a la isla.

Desde el momento en el que Saramago se instala en la isla comienzan a sucederse en su escritura las recreaciones imaginarias de Lanzarote que se afianzan en la realidad cotidiana de su diario vivir. En ello se funda la tendencia confesional de estos *Cuadernos...* y el carácter dialógico de su discurso que, en muchas ocasiones, se hace diálogo consigo mismo, en tanto la isla se configura, en primer término, como espacio de reflexión. En este contexto las recreaciones imaginarias sobre el ámbito insular que encontramos en la obra de Saramago no tienen una función simplemente poética, sino que están fundadas en una visión concreta de la realidad material o social. Son imágenes, por decirlo así, materiales, que sirven de base a la reflexión interiorizada, esencial, que busca penetrar la profundidad significativa de la isla.

Instalado, pues, en Lanzarote, para recomenzar la vida, la isla será, en primera instancia, un espacio genésico para Saramago. Pero, lejos de los tópicos al uso, la visión que de ella encontramos en su escritura nada tiene de gratuita o de simple especulación imaginativa. Al contrario, las imágenes se engendran en la realidad cotidiana y derivan de la simple observación de su entorno para devenir diálogo consigo mismo, reflexión interiorizada, que busca penetrar la profundi-

12. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1996-1997)*, pág. 413.

13. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, p. 418-419.

14. *Ibíd.*: pág. 230.

dad esencial de la isla. Así, frente a hechos concretos, reales, como la invasión de turistas incapaces de ver más allá de la superficie, el autor cuenta la experiencia de una excursión a la admirable Montaña de Fuego: “Todos, sin excepción, fulminaban las montañas con las cámaras de vídeo y las máquinas fotográficas” —comienza diciendo—, para interiorizar a continuación la experiencia del viaje a través de las siguientes imágenes que encauzan la esencial reflexión sobre el misterio que encierra dicha Montaña, donde se empoza el silencio, acaso el tiempo detenido: “Mientras íbamos recorriendo los caminos laberínticos del parque —dice el escritor— y se sucedían las vallas y los repechos cubiertos de ceniza, las calderas abiertas de par en par como agallas, en el interior de las cuales imagino que el silencio tendrá la espesura del propio tiempo (...), me pregunto a mí mismo —concluye refiriéndose a los turistas—, después de haber visto lo que vimos, notarán algún cambio en su manera de ser y pensar”¹⁵.

La experiencia común de una excursión se transforma, pues, en recreación imaginaria que encauza la reflexión esencial sobre la conciencia del tiempo y el silencio. El recorrido por las entrañas de la Montaña de Fuego se convierte así en un viaje iniciático a través del silencio que impone el ensimismamiento, el repliegue a la propia intimidad, para penetrar lo esencial. Experiencia, por lo tanto, individual, intransferible; por eso, el escritor se pregunta con escepticismo sobre la posibilidad de algún cambio en la manera de ser y pensar de los turistas al final del viaje.

A raíz de esta reflexión derivada de la especial configuración del interior de la Montaña de Fuego, es sorprendente comprobar la relación que existe entre este viaje iniciático de Saramago y el que realiza Pablo Neruda a Isla de Pascua y que poetiza en su libro *La rosa separada* (1972). Ambos se inspiran en la realidad concreta desde la cual emerge el vuelo imaginativo, en cuanto vía de ensimismamiento que conduce a la reflexión y al encuentro consigo mismo. Saramago sigue el escarpado derrotero interior de la Montaña de Fuego, Neruda el misterioso camino de los *mohais* que pueblan la Isla de Pascua. Ambos hacen del silencio y la soledad una experiencia íntima que los aparta de los turistas. Así, los siguientes versos del mencionado libro nerudiano parecen ser una respuesta a la inquieta interrogante de Saramago sobre el cambio de ser y de pensar de los turistas después del viaje: “Yo, fuera de los otros, me separo/ de la isla separada, me voy/ envuelto en luz...”¹⁶.

Sin duda, la recreación imaginaria de Lanzarote en la escritura de Saramago no es paisajística, como él mismo lo reconoce: “Si tengo que escoger entre la piedra que está al lado de la montaña que cierra el horizonte —dice el autor—

15. JOSÉ SARAGAMO: *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, pág. 80.

16. PABLO NERUDA: *Obras Completas III* (edic. de Hernán Loyola). Barcelona, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2000, pág. 699.

prefiero la piedra”¹⁷. Lejos de toda gratuidad decorativa, superficial, el imaginario insular construido por el escritor portugués, se funda en una visión interiorizada, esencial, motivada por la propia realidad que percibe a través de los sentidos. Así, los objetos significan más por lo que representan para esa conciencia individual que los observa que lo que son en sí propiamente. En este contexto, después de una excursión a uno de los volcanes de Lanzarote, de la forma más natural y hablando como para sí mismo, el autor dice: “(...) dentro del cráter roto de El Cuervo, sin darnos demasiada cuenta, muchas cosas se tornan insignificantes —para concluir, con la siguiente sentencia reflexiva—. Un volcán apagado, silencioso, es una lección de filosofía”¹⁸.

Desde tal perspectiva, la isla será para Saramago fundamentalmente el espacio del discurrir reflexivo en la escritura que conlleva la ilusión de hacer moroso el discurrir temporal, tal y como lo expresa en la siguiente imagen: “Lanzarote —dice—, cada día me parece como un inmenso espacio en blanco y el tiempo como el camino que por él va discurriendo lentamente”¹⁹. La isla se convierte así en el fondo de esa escritura que encauza la ilusión del autor de retardar el implacable devenir temporal: “(...) tal vez crea —dice a este propósito— que así retengo el tiempo, que lo hago pasar más despacio sólo porque voy describiendo algo de lo que en él sucede”²⁰. Así, la conciencia del tiempo, tema recurrente en la obra de Saramago, se hace íntima inquietud personal en su refugio de Lanzarote y, en este contexto, el mar, paisaje natural de la isla, absorbe la mirada esencial del escritor que reflexiona sobre la transitoriedad humana frente a la infinitud marina, como se puede ver en la siguiente imagen que muestra al autor abstraído frente al océano: “Estar sentado frente al mar. Pensar que ya no quedan muchos años de vida (...). Recordar lo que se hizo y parecer tan poco. Decir: “Si tuviese más tiempo...”, y encoger los hombros con ironía porque son palabras insensatas”²¹.

Pese a la conciencia del devenir temporal que encauza la escritura de Saramago en el espacio de reflexión que para él es Lanzarote, en modo alguno puede decirse que proyecte en su escritura una visión agónica de la existencia, tampoco de la isla que eligió para vivir. Al contrario, la imagen dominante es de plenitud existencial en ese espacio insular desvelado por la mirada que va más allá de la superficie y que propicia el reencuentro consigo mismo. Así se suceden las imágenes que revelan la identificación del autor con el ámbito isleño, tal y como puede verse en la siguiente visión sobre el remanso de paz que representa para

17. JOSÉ SARAGAMO: *Ibíd., Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, pág. 283.

18. JOSÉ SARAGAMO: *Cadernos de Lanzarote (1996-1997)*, pág. 109.

19. JOSÉ SARAGAMO: *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*, pág. 120.

20. *Ibíd.*: pág. 216.

21. *Ibíd.*: pág. 372.

él la isla: “La noche de Lanzarote es cálida, templada —dice el escritor, para agregar a continuación— ¿nadie más en el mundo quiere esta paz?”²². En otras ocasiones la expresión de plenitud en la tranquilidad isleña adquiere una dimensión cósmica, asociada a la existencia cotidiana del autor. Tal es el sentido propiciatorio del cielo de Lanzarote bajo el que discurre día a día, la vida del escritor: “¿Qué buenas estrellas estarán cubriendo los cielos de Lanzarote? —se pregunta, para continuar—. La vida, esta vida que, implacablemente, pétalo a pétalo, va deshojando el tiempo, parece estos días, haberse detenido en el «te quiero»²³”.

En general, las imágenes que recrean el ámbito insular en la escritura de Saramago están íntimamente ligadas a la experiencia personal del autor, a la mirada que partiendo de la realidad material se proyecta a lo esencial, a lo que está más allá de la superficie. Son, pues, pocas las proyecciones imaginativas fundadas exclusivamente en una visión subjetiva de la realidad y cuando las hay, al parecer, es el propio escritor quien se escuda en el vuelo imaginario de otros. Tal es el caso, p.e., del comentario que hace el autor, después de que una de sus acompañantes al Mirador del Río recordara que fue en La Graciosa donde Rinaldo se prendara de los encantos de Armida. Saramago, pese a su aparente ironía, dice a este propósito: “¡Ah, los poetas! Un día oyen hablar de una leyenda, encuentran en el mapa un nombre que les agrada, y ahí está: el desierto se convierte en vergel. Rinaldo navega en aquella barca que demanda el minúsculo puerto, mientras Armida, con la última lava ardiente del volcán, prepara sus filtros de amor”²⁴.

Como hemos dicho, tal recreación imaginaria del ámbito insular no es frecuente en la escritura de Saramago, y si la hay ésta se manifiesta por lo común como visión reveladora de la propia realidad sólo desvelada por la mirada profunda que, apartándose de lo cotidiano, penetra lo esencial. Experiencia, por tanto, personal, íntima, que aparta al yo de los otros en virtud del ensimismamiento revelador, tal y como se manifiesta en la percepción del silencio en la Montaña de Fuego o la visión, próxima a lo fantástico, que experimenta el autor en un restaurante de Nazaret, cerca de Teguisse, una cueva “inventada” por César Manrique: “El efecto del reflejo de las paredes del cráter en el pequeño lago que cubre el fondo del volcán llega a ser inquietante: el agua estaba inmóvil, ninguna brisa la hacía temblar (caso raro en Lanzarote), y hasta tal punto la ilusión óptica actuó en mí que durante algunos instantes no vi el lago, era como si el cráter, reflejado desde arriba, continuase hasta el interior de la Tierra...”²⁵.

22. *Ibíd.*: pág. 444.

23. *Ibíd.*: pág. 656.

24. *Ibíd.*: pág. 286.

25. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1996-1997)*, p. 500-501.

En definitiva, visiones como éstas responden a esa mirada interiorizada del escritor sobre la isla, pero se asientan en la realidad cotidiana de su diario vivir en el ámbito insular. En este contexto se inscribe la recreación imaginaria de Lanzarote en estos *Cuadernos...* que un día se propuso escribir con la ilusión de retener el tiempo o hacerlo más moroso en el espacio de la plenitud vital que para él representa Lanzarote. Espacio este en el que se engendra y por el que discurre la escritura de obras tan importantes como la llamada *Trilogía involuntaria*, compuesta por su *Ensayos sobre la ceguera* (1995), *Todos los nombres* (1998) y *La caverna* (2001), además de otros textos novelescos como *El hombre duplicado* (2002), libro este último en el que el autor vuelve sobre el problema de la identidad, recurrente en su escritura. Quizás el mismo autor, como él lo reconoce, premonizara en su novela *La balsa de piedra* (1986) su desplazamiento a esta isla del Atlántico para radicarse en ella. Lo cierto es que, como dice en ese hermoso relato titulado “El cuento de la isla desconocida” (1998), el autor portugués, identificado con la quimérica isla, sale “por la puerta de las decisiones”²⁶ para reencontrarse consigo mismo y con los suyos en este espacio insular más próximo a África que a Europa: “La isla desconocida se hizo por fin a la mar, a la búsqueda de sí mismo”²⁷.

3. RECREACIÓN DE LANZAROTE EN LOS AÑOS CON LAURA DÍAZ, DE CARLOS FUENTES

La recreación imaginaria de Lanzarote en la escritura novelesca de Carlos Fuentes es obviamente diferente a la que nos entrega José Saramago en sus *Cuadernos...*, no sólo por lo diverso del género que los separa, sino también por la distinta perspectiva desde la cual recrean el ámbito insular. La visión de Saramago se enmarca en el presente de su diario vivir en la isla, en cambio la escritura de Carlos Fuentes —simbólica, por ser novelesca—, además de situarnos a fines de la década de los 40, se corresponde con la visión fugaz de quien está de paso en la isla. En el entramado argumental de la novela en cuestión, Lanzarote constituye un punto en el itinerario vital de Laura Díaz, la protagonista mexicana de esta novela, que llega a la isla en 1949 en busca de su amante, el español Jorge Maura, refugiado en ella después de la Guerra Civil española. Lanzarote será el espacio del reencuentro en la ficción narrativa, pero también del desencuentro y la separación definitiva: él para quedarse consigo mismo en la isla y ella, para regresar con los suyos a México.

26. JOSÉ SARAGAGO: *El cuento de la isla desconocida* (trad. de Pilar del Río). Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, S.A., 1998, pág. 36.

27. *Ibid.*: pág. 49.

El marco ambiental de Lanzarote es clave para la construcción de este capítulo novelesco, uno de los más intensos de esta obra de Carlos Fuentes. Así lo habrá entendido el escritor mexicano cuando visitó la isla a mediados de 1997, según testimonio del propio Saramago, que habla con entusiasmo de este encuentro en sus *Cuadernos...*: “Carlos Fuentes, el gran escritor mexicano, a quien admiro desde que, hace muchos años ya, leí ese libro fascinante que es *Aura*, estuvo aquí en Lanzarote”²⁸. Fiel anfitrión, el autor portugués lo acompaña a la Fundación César Manrique, donde disfruta de la lectura que Fuentes hace del hermoso poema de Rafael Alberti sobre la isla: “Registro aquí —dice Saramago— el recogimiento con que Carlos Fuentes leyó el poema de Rafael Alberti dedicado a César Manrique, aquel que está en la Fundación: «Vuelvo a reencontrar mi azul...»”²⁹.

De acuerdo con lo señalado y teniendo en cuenta que la novela de Carlos Fuentes aparece aproximadamente dos años después de esta visita a la isla, no es arriesgado suponer que la idea de ambientar un capítulo tan importante del relato en Lanzarote haya surgido a raíz de este viaje. Aquí vive su definitiva derrota el personaje Jorge Maura, antiguo revolucionario de origen aristócrata, protegido a medias por los monjes del monasterio de Lanzarote y sometido, por voluntad propia, a los trabajos más denigrantes que ponen a prueba su antiguo orgullo. Allí va a buscarlo Laura Díaz, derrotada también por la vida, con la esperanza inútil de que la acompañe de vuelta a México después de 10 años de ausencia: “Soy débil —le confiesa Laura—. Sólo me quedas tú. Por eso vine a Lanzarote”³⁰. Jorge Maura, su antiguo amante, ha dejado la seguridad de su exilio en Estocolmo y Londres por su inseguro vivir en Lanzarote. Identificándose con el paisaje insular, este personaje ha venido a la isla a experimentar el vía crucis de su propia desolación. Así, después de explicitar la doble y contradictoria visión que representa la isla para él (“esta isla es mi prisión y mi refugio”³¹), se dirige a Laura Díaz para explicarle la razón última del repliegue sobre sí mismo que motiva su aislamiento en Lanzarote: “Déjame ver las cosas por mí mismo —le dice—. Saber si algo puede crecer todavía en mi alma, una idea, una fe, porque te juro, Laura, que mi alma está más desolada que este paisaje de roca que ves allá afuera”³².

En este contexto se enmarca la recreación imaginaria de Lanzarote en la novela de Carlos Fuentes. La imagen de la isla corresponde, por tanto, a la visión interiorizada del atormentado personaje que ha decidido refugiarse en ella hu-

28. JOSÉ SARAMAGO: *Cuadernos de Lanzarote (1996-1997)*, pág. 427.

29. *Ibidem*.

30. CARLOS FUENTES: *Los años con Laura Díaz*. Madrid, edic. Suma de Letras, 2001, pág. 435.

31. *Ibid.*: pág. 426.

32. *Ibid.*: pág. 429.

yendo de sí mismo y de su propio tiempo. Desde tal perspectiva la isla adquiere un notable valor simbólico que trasciende su propia realidad para proyectarse al ámbito de la quimera, de la ilusión, bajo la mirada de este hombre que recibe a Laura Díaz en su cárcel-refugio insular con las siguientes palabras: “No debiste venir aquí. Esta isla no existe —para agregar, más adelante—. Es un espejismo de los desiertos africanos”³³. Es obvio que, negando la realidad del lugar que habita, el personaje niega su propia existencia, su propia historia de derrotas, situándose fuera del tiempo. Para él la isla es también “una balsa de piedra”, imagen que coincide con la utilizada por Saramago y que en la obra de Carlos Fuentes, se carga de connotaciones que potencian la transitoriedad temporal y la pasión que vive su personaje en la isla: “Lanzarote es la nave de piedra anclada precariamente frente a las arenas de África, pero la fiebre de la isla —agrega— es más ardiente que el sol del desierto”³⁴.

En la obra del escritor mexicano, isla y personaje se identifican o, más bien, la mirada de éste sobre el ámbito insular que habita está condicionada por la crisis existencial que vive en la ficción narrativa. En este sentido la vida humana y los avatares del existir son mera apariencia en su esencial transitoriedad, así como lo es la isla —metáfora, en este caso, de la humanidad— siempre bajo el peligro de una desaparición tan abrupta como su nacimiento. Así lo pone de relieve la siguiente premonición apocalíptica que Carlos Fuentes pone en boca de su personaje: “Todo lo que ves es falso, es el cataclismo nuestro de cada día, sucediéndose, no ha tenido tiempo de hacerse historia, y va a desaparecer en cualquier momento, como llegó, de la noche a la mañana”³⁵. Tal es la lección de la isla derivada de su especial configuración volcánica e interiorizada por este personaje como símbolo material de la precaria temporalidad de la existencia. Así, la reflexión surge espontánea ante las monumentales montañas de fuego de Lanzarote que se imponen a la vista del observador como un portentoso capricho de la naturaleza: “Miras las montañas de fuego que dominan el paisaje y recuerdas que hace apenas dos siglos no existían”³⁶, le dice con admiración Jorge Maura a Laura Díaz, como si de un monólogo se tratara. Pero más adelante, con mirada más analítica, es el propio personaje quien se refiere a las erupciones volcánicas que azotaron en el pasado a la isla: “Las cumbres altas y fuertes de la isla acaban de nacer y nacieron destruyendo, sepultaron con lava ardiente las humildes viñas, y apenas se calmó la primera erupción, hace cien años, otra vez, el volcán volvió a bostezar y con su hálito quemó todas las plantas y cubrió todos los techos”³⁷.

33. *Ibid.*: pág. 417.

34. *Ibidem.*

35. *Ibidem.*

36. *Ibidem.*

37. *Ibidem.*

Este es el ámbito insular donde Carlos Fuentes sitúa a su personaje Jorge Maura, para que se refugie en él, pero también para que anclado en esa balsa de piedra, experimente el vía crucis de la búsqueda de sí mismo en el momento más precario de su existencia, cuando todo es fracaso. Espacio de reflexión, por tanto, en el que la isla identificada con el personaje, metafóricamente es el reflejo especular de una vida violentamente transformada por los cataclismos de su existir. Por eso Lanzarote es para Jorge Maura “prisión y refugio”³⁸ a la vez, lugar de reclusión donde expiar sus propias culpas y, por extensión, las de la humanidad en el desencantado contexto de fin de siglo. Propósito este que Laura Díaz no comprende, preguntándole: “¿vas a pagar los pecados del siglo veinte escondiéndote en esta isla de piedra?”³⁹ para reprocharle, a continuación, su conducta orgullosa, pese a los fracasos. Orgullo que lo identifica con la isla que, anclada en el Atlántico, ha sobrevivido a los más grandes cataclismos: “Sé tu biografía, le dice. De la aristocracia a la República a la derrota al exilio y al orgullo. El orgullo de Lanzarote”⁴⁰, concluye.

Para este personaje empeñado en imitar la pasión de Cristo, la isla no es un espacio seguro. En realidad, la isla es un refugio a medias, más próxima a un enterramiento en vida, a una tumba pétreo por la que discurre la precaria existencia de este ser agónico que ha venido a habitarla: “Viajaba de una casa de piedra a otra entre un pasaje de piedra. Se imaginaba un cielo de piedra y un mar de piedra, en Lanzarote”⁴¹, dice el narrador.

A la imagen pétreo de la isla se unen otras múltiples significaciones que derivan de la propia realidad isleña, transformada en símbolo desde la mirada interiorizada del personaje en la ficción narrativa. Entre otros elementos, no podía faltar la permanente presencia del viento en Lanzarote: “Allí soplaba el viento cálido que traía del África el polvo del desierto”⁴², le dice Jorge Maura a Laura Díaz, explicándole el fenómeno de la arena errante conocido con el nombre de calima. Imagen que se refuerza con connotaciones temporales relacionadas con la fantasmal existencia de este personaje en la isla: “Vivía afuera (...) —dice—, expuesto a respirar la arena viajera que parece andar fuera de su clepsidra, su huso de vidrio, para medir un tiempo que sin recipiente se perdería como la arena misma: la diáspora del desierto”⁴³, concluye. Tal imagen desrealizadora hace de la isla un reflejo especular, un espejismo de la propia existencia, visión que, como hemos dicho, se funda paradójicamente en características concretas, reales del ámbito insular.

38. *Ibid.*, pág. 426.

39. *Ibid.*, pág. 441.

40. *Ibid.*, pág. 430.

41. *Ibid.*, pág. 436.

42. *Ibid.*, pág. 424.

43. *Ibidem.*

En tal contexto se explica también la admirada condición ígnea de la isla que oculta el fuego en sus entrañas: “Mira —le dice a Laura Díaz—, basta plantar un árbol a menos de un metro de hondura para que sus raíces ardan. Basta verter un cántaro en un lugar cualquiera para que su agua hierva”⁴⁴. Tal observación, hiperbólica por cierto, deviene imagen interiorizada, convertida en símbolo, de acuerdo al entramado argumental de la novela de Carlos Fuentes. Así, después de la observación antes transcrita, el personaje agrega lo siguiente, refiriéndose a su propia circunstancia vital: “(...) si yo me hubiera podido refugiar en el dédalo de lava que es la colmena subterránea de Lanzarote, lo hubiera hecho”⁴⁵. Jorge Maura alude al interior de la Montaña de Fuego como refugio ideal y espacio idóneo para el reencuentro consigo mismo. Visión similar a la de José Saramago, comentada ya, quien en el interior de dicha Montaña imagina que el silencio tiene la espesura del tiempo. Como se puede ver, la intertextualidad, condición de toda escritura para el autor portugués, opera aquí de forma natural, cuando la mirada penetra más allá de la superficie y tal experiencia se convierte en un viaje al interior de sí mismo.

Desde esta perspectiva la isla es, esencialmente, un espacio de reflexión y de búsqueda interior para este hombre derrotado que ha venido desde fuera a vivir su propia experiencia mística imitando la pasión de Cristo con la secreta esperanza de encontrarle algún sentido a la existencia. Este es el propósito de su presencia en la isla, como el mismo personaje lo explica en el siguiente enunciado: “Lo que yo quiero averiguar aquí en Lanzarote (...) es si la fe puede darle sentido a la locura de estar aquí en la tierra”⁴⁶. Por ello, casi al final del capítulo que Carlos Fuentes le dedica a Lanzarote, se impone la monumental imagen del Timanfaya ante la mirada reflexiva del personaje: “Jorge Maura se detuvo un momento ante la tierra negra y sembrada de alvéolos, a la vista del Timanfaya. La montaña era de un color rojo ardiente, como un evangelio de fuego”⁴⁷.

Esta es la lección última de la isla que contiene el fuego en sus entrañas. Sobre los vestigios de la destrucción volcánica se yergue orgulloso el Timanfaya como símbolo material del relato mesiánico, el mismo que pretende reescribir el personaje de Carlos Fuentes en el espacio genésico y a su vez apocalíptico de la isla. Dicha experiencia mística, no exenta de orgullo, según palabras de la protagonista de la novela, implica experimentar su propio vía crucis en el repliegue insular, con la ilusión de redimir en sí los pecados y, en definitiva, el fracaso de una humanidad en crisis, próxima al holocausto. Tal visión trascendente, derivada de la interiorización de la isla con la que se identifica el personaje en su re-

44. *Ibíd.*: pág. 418.

45. *Ibíd.*

46. *Ibíd.*: pág. 442.

47. *Ibíd.*: pág. 437.

pliegue sobre sí mismo, inscribe la recreación imaginaria de Lanzarote en un proceso desrealizador, mediatizado por la reflexión y la experiencia del foráneo que ve la isla como un paradigma de la vida que persiste pese a los golpes o los cataclismos que jalonan su historia.

4. LANZAROTE. EN EL CENTRO DEL MUNDO, DE MICHEL HOUELLEBECQ

Completamos estos apuntes sobre la recreación imaginaria de Lanzarote en la escritura de autores foráneos, con la visión ciertamente controvertida que nos entrega Michel Houellebecq en su libro *Lanzarote. En el centro del mundo*⁴⁸. Autor polémico, este *enfant terrible* de las actuales letras francesas, vuelca su desmitificadora mirada a la isla después del duro repaso que hace a su época en sus novelas *Ampliación del campo de batalla* (1994) y *Las partículas elementales* (1999) o en sus penetrantes ensayos sobre la sociedad actual, como el que lleva por título *El mundo como supermercado* (2000). En esta línea, el libro sobre Lanzarote no podía ser una excepción, así la isla se convierte en un micro-mundo, un espacio saturado de turistas que buscan llenar el vacío de su existencia con experiencias fuera de lo común en el ocio de las vacaciones.

Tal es el caso del joven narrador de este relato que a primera vista se nos presenta como un diario de viaje: él busca un lugar turístico para pasar la resaca de la emblemática Nochevieja de 1999, que lo instalaría en otro siglo, en otro milenio. Su destino será Lanzarote, elegido más bien por azar después de regatear varias ofertas con la agente de viajes, a quien le pregunta, llevado por la ignorancia no encubierta: “—Dónde es eso?”⁴⁹. En realidad, el lugar poco le importa a este personaje dispuesto a huir donde sea, al menos por una semana, con tal de apartarse de la sociedad que detesta.

Tal actitud condiciona la mirada de este viajero sobre la isla, en cuanto proyecta sobre ella el hastío que lo domina y que le impide relacionarse de manera normal, no sólo con los demás, sino con el espacio que habita. Así, de entrada reduce las atracciones turísticas de Lanzarote a dos lugares: el Jardín de Cactus y el Parque Nacional de Timanfaya. Sobre el primero, refiriéndose con superficial ironía a la forma que adoptan los cactus, dice lo siguiente: “Adaptados perfectamente al medio natural desesperante, los cactus llevan luego una existencia morfológica sin inhibiciones”⁵⁰. Más adelante, camino del Parque Nacional, hace la siguiente observación sobre el ámbito desértico de la isla: “El paisaje no

48. Citamos por la traducción de Javier Calzada, *Lanzarote. En el centro del mundo*. Barcelona, editorial Anagrama, S.A., 2000.

49. *Ibid.*: pág. 13.

50. *Ibid.*: pág. 24.

había sido suavizado, modelado por la erosión: era de una brutalidad total”⁵¹. Desesperante y brutal son las cualificaciones que configuran la visión de este turista sobre la naturaleza y la geografía de Lanzarote, desde la perspectiva del foráneo, no sólo ajeno sino también desinteresado por el lugar que recién está conociendo.

En realidad, hay en esta mirada una banalización consciente de la realidad, que no sólo se proyecta al ámbito insular, sino a la propia existencia de este personaje inmotivado, disconforme consigo mismo y con todo lo que lo rodea. Lo único que motiva a este frustrado turista, que lleva en su equipaje el desencanto de su generación, es la ruptura con la norma, que se traduce en acciones que lo llevan a experimentar sensaciones extra-ordinarias. Así, después de su primer día en Lanzarote, este extraño personaje comienza a reconciliarse con la isla, no precisamente por la belleza del Jardín de Cactus ni por las maravillas del Timanfaya, sino por las expectativas de aventura que le ofrecen dos lesbianas de origen alemán, compañeras de viaje, con las que se inicia una complicidad prometedora: “Ha sido un buen día —me dije ya de vuelta en la habitación del hotel mientras examinaba el contenido del minibar—. Un buen día, si...Ya era lunes por la noche. En definitiva, una semana en esta isla debía ser soportable. No lo que se dice apasionante, pero sí soportable”⁵².

La mirada que proyecta este frívolo turista sobre el ámbito insular sin duda está condicionada por el desinterés del hombre urbano, incapaz de resistir el aislamiento o el repliegue sobre sí mismo que implica su estancia en la isla. Pero también y, sobre todo, es la actitud de un hombre que representa el cuerpo social de su época, dominado por el hastío y carente de toda ilusión. En este contexto se sitúa la “geografía desesperante de Lanzarote”, como expresión de la íntima desesperanza de este personaje sin aliciente alguno de vida, salvo el hedonismo que se materializa en la sórdida y tórrida experiencia sexual con las dos turistas lesbianas, además de su relación con Rudi, el extraño personaje que en la ficción narrativa se integra a una secta religiosa con sede en la isla y que termina juzgado por pederasta en Bélgica, su país. A esto se reduce el entramado novelesco protagonizado por este turista que, insensible en un primer momento al paisaje insular, no ve la isla y prefiere encerrarse en la habitación de su hotel para evadirse con la televisión., el alcohol y el sexo.

Sin embargo, el efecto transformador de la isla comienza a manifestarse muy pronto en la conciencia del personaje. Primero será la reflexión derivada de la portentosa visión del ámbito insular como espacio donde están a la vista los signos del Apocalipsis y el Génesis volcánico y oceánico. Así, casi sin transición, pasando de la mirada frívola y desinteresada sobre la naturaleza ornamental (“Se

51. *Ibíd.*: pág. 25.

52. *Ibíd.*: pág. 29.

me daba un pimientito que fueran buganvillas o no”, dice⁵³), encontramos al personaje sumido en una profunda meditación sobre la naturaleza esencial de Lanzarote, que nada tiene que ver con el tono anterior: “Me senté luego sobre un montón de guijarros. De color negro, era evidente que provenían de la erupción volcánica. Pero, al contrario que las rocas de Timanfaya, de aristas caóticas, éstos tenían forma redondeada. Tomé uno entre mis dedos: su tacto era suave y no daba ninguna sensación de aspereza. En los tres siglos, la erosión había hecho su trabajo. Me tumbé meditando sobre la confrontación, tan directa en Lanzarote, entre dos fuerzas elementales. La creación por el volcán, la destrucción por el océano”⁵⁴.

Sin pretensión alguna de trascendencia, la mirada del personaje se proyecta sobre la naturaleza de Lanzarote que lo aísla también, ensimismándolo por la reflexión, en medio de la frivolidad del viaje turístico. La visión apocalíptica sobre la sociedad actual carente de ilusiones de vida que Houellebecq formula en su novela *Las partículas elementales* encuentra, al parecer, en este libro que comentamos, su cauce regenerativo, genésico, tal y como lo sugiere la especial configuración geológica de la isla, a la vista del personaje: “A medida que bajábamos hacia el sur, los paisajes eran cada vez más impresionantes (...). A nuestros pies había un completo desierto mineral. Y enfrente de nosotros una falla enorme, de varias decenas de metros de anchura, serpenteaba hasta el horizonte, cortando la superficie gris de la corteza terrestre. No se oía ningún ruido: «Así será el mundo una vez muerto», me dije”⁵⁵.

Como hemos señalado, la imagen de la isla que proyecta este autor está mediatizada por su visión negativa respecto de la sociedad actual, dominada por la infelicidad y el hastío, sin ilusión alguna, plenamente nihilista. Sin embargo, Lanzarote resulta ser una revelación para este frívolo viajero que llega a la isla con el desencanto del siglo. Transformado en el ámbito insular, que ignora a su llegada, al final sale de él, si no con la ilusión, sí con la esperanza de un mundo nuevo construido sobre las ruinas del presente. Utopía que metafóricamente encuentra su expresión en la isla que surge del fuego, de entre las cenizas: “El acta natalicia de Lanzarote fue una catástrofe geológica total”⁵⁶, advierte el personaje. Observación refrendada por el autor que incluye como apéndice de la obra, a modo de parábola y colofón, una crónica de la época sobre los cataclismos de lava y fuego que destruyeron y regeneraron la isla en el siglo XVIII⁵⁷.

En síntesis, la visión de la isla ha cambiado radicalmente para este viajero que interioriza la naturaleza de Lanzarote y que, después del viaje, se retira in-

53. *Ibíd.*: pág. 32.

54. *Ibíd.*: pág. 33.

55. *Ibíd.*: pág. 50.

56. *Ibíd.*: pág. 52.

57. *Ibíd.*: pp. 91-92.

quieto de la isla, pero con la esperanza de la regeneración de un mundo que no da más de sí: “Al despegar el avión eché una última mirada a aquel paisaje lleno de volcanes, de un color rojo oscuro en el crepúsculo del amanecer. ¿Tranquilizaban..., o, por el contrario, representaban una amenaza? No sabría decirlo; pero, en cualquier caso, eran el símbolo de la posibilidad de una regeneración, de un nuevo arranque. “Regeneración por el fuego, me dije. El avión ganaba altitud. Luego viró sobre un ala en dirección al océano”⁵⁸.

Así, con esta contradictoria visión, apocalíptica y a la vez genésica, sobre el destino humano, termina esta curiosa novela ambientada en Lanzarote. El motivo de la isla, como espacio síntesis o microuniverso humano, sobre el que se proyecta la descarnada reflexión del autor sobre el hombre y la sociedad actual volverá a aparecer en la última novela de Houellebecq titulada *La isla posible*⁵⁹. libro en el que la visión mítica de *Lanzarote. En el centro del mundo* adquiere una proyección utópica, pese al marcado pesimismo del libro.

58. *Ibíd.*: pp. 78-79.

59. Título original: *La possibilité d'une île* (París, 2005). Edición simultánea en Francia, Alemania e Italia. En España, Alfaguara, 2005.